

DIEGO DE LA TORRE

Empresario, presidente del Pacto
Mundial en el Perú



Pensemos como Julio Verne

Los importantes líderes mundiales que impulsan una economía baja en carbono han visitado Lima. He tenido el privilegio de conocer a varios de ellos y todos coinciden en que la solución al tema de las emisiones de gases de efecto invernadero vendrá de la tecnología y de la ciencia. Comparto plenamente el optimismo de ellos. Siempre he creído que la mejor forma de predecir el futuro es inventándolo. Hasta hace muy poco los autos híbridos eran una utopía y había mucha incertidumbre tecnológica acerca de ellos. Dentro de poco también se comercializarán carros eléctricos u otros que usen energía limpia.

Innovaciones en procesos productivos, diseño de ciudades, finanzas verdes, algoritmos matemáticos, etc., harán el mundo irrecognocible dentro de muy

poco. Basta visitar Silicon Valley para ver que los prototipos de todas estas tecnologías ya existen.

Predecir lo que va a pasar y cuándo es un poco como ponernos en los zapatos de nuestros abuelos en 1900. Si leíamos un periódico en ese año no se encontraban palabras como radio o película porque aún no existían. Tampoco chofer, porque el automóvil acababa de nacer y se llamaba coche sin caballos. Los caballos y mulas eran de uso común para el transporte.

Es importante ilustrar lo difícil que en 1900 era predecir lo que iba a pasar en el 2000. Por ejemplo, el director general de Correos de EE.UU. afirmó ese año que incluso pasados 100 años el correo seguiría transportándose en diligencia y caballo. En 1927, en la época del cine mudo, Harry Warner, uno

de los fundadores de Warner Brothers sentenció: “¿Quién demonios va a querer oír hablar a los actores?”. Como nos dice el físico Michio Kaku: “Es muy peligroso apostar contra el futuro. Con muy pocas excepciones, las predicciones han subestimado siempre el avance del progreso tecnológico”.

Son los optimistas quienes escriben la historia. Como dijo Helen Keller: “Nunca un pesimista descubrió los secretos de las estrellas, ni navegó hacia un país que no estuviera en el mapa ni abrió un nuevo cielo al espíritu humano”. En 1863, Julio Verne escribió una novela, “París en el siglo XX”, cuyo manuscrito se perdió hasta que su bisnieto lo encontró en una caja fuerte después de 130 años. Verne vislumbró un París en 1960 con edificios

ESCENARIO

Es muy peligroso apostar contra el futuro. Con muy pocas excepciones, las predicciones han subestimado siempre el avance tecnológico.

POSICIÓN

Por eso, tiendo a sonreír cuando alguien no cree en las oportunidades que tiene una economía baja en carbono.

de cristal, aire acondicionado, televisión, ascensores, carros con gasolina, fax y algo parecido a Internet.

Imaginó el París moderno con una precisión increíble. En el futuro, como dice Michio Kaku, no seremos espectadores pasivos ante la danza de la naturaleza. Seremos los coreógrafos de esa danza y seremos capaces de dar un pellizco a sus leyes aquí y allá, para bien de la humanidad. Este poder casi divino parece muy avanzado, pero las semillas de todas estas tecnologías ya se están sembrando.

En el 2100 manipularemos objetos con el poder de la mente, crearemos cuerpos perfectos con la biotecnología y las computadoras harán realidad nuestros deseos, tras leer en silencio nuestros pensamientos. Crearemos motores capaces de aprovechar la energía ilimitada de las estrellas. Por eso, tiendo a sonreír cuando alguien no cree en las oportunidades que tiene una economía baja en carbono. Es como cuando en 1903 el “New York Times” afirmó que las aeronaves eran una pérdida de tiempo, justo una semana antes de que los hermanos Wright logaran que su aeroplano volara.